



ANDREA LONGARELA

**JULIETTE  
Y LAS  
CANCIONES  
PERDIDAS**

ANDREA LONGARELA

**JULIETTE  
Y LAS  
CANCIONES  
PERDIDAS**





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Andrea Longarela, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Tatiana Boyko

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 12.696-2025

ISBN: 978-84-08-30796-9

Impreso en España

# 1

¿Alguna vez has vivido en un agujero? Es un sitio cómodo. Tranquilo. Dentro de él, no hay espacio para el caos. No hay obstáculos ni sorpresas, solo un color grisáceo que lo cubre todo. La luz es tenue, pero tampoco necesitas más.

Un hámster en una rueda.

Un pez en una pecera.

Hay quien elige hacerlo y no tiene por qué ser una mala vida. El problema viene cuando quieres volver a la superficie y no sabes cómo salir. Entonces su espiral te atrapa y tus esfuerzos no importan, porque estás perdida. Por eso, quizá, optas por no hacer nada, por dejarte engullir.

Mi historia comienza conmigo dentro de uno.

Pequeño. Apacible. Seguro.

—Juliette, ¿me estás escuchando?

Pestañeé y me encontré con los ojos de Ivo al otro lado del cristal de mi acuario imaginario.

—¡Claro! Nos hablabas de la nueva obra que habéis contratado. —Ivo trabajaba desde hacía menos de un año como ingeniero para una empresa de energías renovables y aún compartía con entusiasmo cada novedad de su jornada—. Tu jefe debe de estar muy contento.

Nina se rio y sorbió de su batido. El sonido me crispó los nervios.

—Eso ha sido hace unos diez minutos —respondió él molesto.

Le pedí perdón y le hice un guiño al camarero para que trajera otra ronda. Era día de batidos y bollos en nuestra cafetería favorita. Nos reuníamos allí cada viernes y nos contábamos cómo nos había ido la semana mientras llenábamos los depósitos de azúcar por encima de nuestras posibilidades.

—Lo siento. Estaba pensando en peces.

Me encogí de hombros y mis amigos compartieron una mirada cómplice; estaban más que habituados a mis divagaciones.

—Ahora que ya has vuelto al planeta Tierra, ¿vas a contarnos qué tal fue tu cita del sábado?

Suspiré hondamente ante la curiosidad de Nina y fruncí los labios.

—No conectamos. —Cogí la nata que coronaba el batido con la cuchara y la lamí despacio—. Cada vez estoy más segura de que el amor es una ilusión pasajera. O un invento social para llenar otros vacíos. ¿Comprendéis por dónde voy?

Ivo se metió un bollo en la boca para no tener que responder y gimió; odiaba mis preguntas trascendentales tanto como adoraba la crema. Nina, en cambio, asintió, pese a que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Llevaba enamorada de Alexis, su novio, desde los quince años y aún lo miraba con ese anhelo con el que Ivo estudiaba los pasteles.

—Eso es porque te empeñas en conocer gente a través de estúpidas aplicaciones. ¡Allí nada es real, Juliette!, mucho menos los sentimientos. Deberías intentarlo a la vieja usanza. Choca con un chico en una librería e invítale a un café...

Acepta una cita a ciegas con uno de los compañeros de trabajo de Alexis... ¡No lo sé! Pero no confíes en lo que pueda decir que encaja contigo un algoritmo informático.

Sonreí con agradecimiento a una Nina que me observaba con lástima. Llevaba años enganchando una relación tras otra y todas habían acabado antes siquiera de empezar. No es que me importara demasiado, hacía tiempo que para mí el amor no era más que una quimera. Yo solo buscaba divertirme, desconectar un rato de la vida para conectar con algún ser humano que me aportase algo. Aunque, entre decepciones y orgasmos, sentía que únicamente el hastío me había dejado poso.

—Este fin de semana no trabajas, ¿por qué no sales con nosotros? Podríamos tomar unas copas, bailar, jugar a encontrar un pretendiente que te dure más de diez minutos... ¡Ivo me ha prometido no irse a la cama antes de las nueve!  
—Nina le dio un codazo amistoso y me reí—. ¿Te apuntas?

Mientras repasaba mi agenda de memoria, percibimos que el camarero había bajado el volumen del hilo musical y subido el del televisor. Los tres nos giramos hacia la pantalla. El silencio se hizo total cuando comprendimos la noticia de la que estaban informando.

*—Sébastien Gautier, el famoso cantautor parisino, ha fallecido esta misma mañana de una parada cardiorrespiratoria. Cuando los servicios de asistencia llegaron al lugar de los hechos ya era demasiado tarde. El músico tenía cuarenta y nueve años y llevaba retirado quince; aun así, sus grandes éxitos siguen acompañándonos cada día. Hoy, 25 de agosto de 2023, Bastien ha dejado huérfana no solo a la música, sino también a muchos de nosotros.*

Algunos clientes suspiraron conmovidos. Los susurros apenados dieron paso a conversaciones sobre el artista y taparon la voz de la reportera. Nina e Ivo comentaron lo joven que había fallecido y enumeraron sus temas favoritos.

De fondo se empezó a escuchar la canción *Luz azul*, una de las más conocidas y la que lo había convertido en una estrella en toda Europa. Y, sin embargo, yo sentía que tenía algo-dones en los oídos. Todo era ruido. Un zumbido insistente.

Porque Bastien había muerto.

Cerré los ojos y dejé que el vacío, por un momento, se llenase de música y pedazos rotos.

Cuando me despedí de mis amigos, regresé a mi agujero y me dejé abrazar por él hasta que me dormí.

En realidad, mi agujero solo es una metáfora un tanto poética del que era por entonces mi estado emocional y, como cualquier otro ser humano, vivía en un apartamento diminuto en Belleville. Me había criado en la otra orilla del Sena, en el distrito XIII, una zona más asequible y familiar, pero cuando mi madre murió decidí cambiar de aires. La vida ya me había enseñado que para crear nuevos recuerdos los antiguos debían dejar espacio, y eso fue lo que hice.

Nunca me planteé compartir piso. Me gustaba la soledad. Me sentía cómoda en los silencios que solo se llenaban con mi voz, incluso cuando me atosigaban los susurros de mis propios fantasmas. Ese era uno de los motivos de que mi apartamento tuviera el tamaño de una caja de galletas. Con el sueldo que ganaba como dependienta no había podido aspirar a mucho más, aunque me había adaptado con rapidez a su salón-cocina-dormitorio. El sofá se convertía en cama y debía entrar en la ducha de lado, pero tenía un balcón. Me encantaba sentarme a fumar en la ventana y observar a los gatos que se reunían en los tejados. A menudo me preguntaba cómo sería vivir una vida sencilla como la suya; saltar sobre las tejas; lamerse las patitas al sol; contemplar el mundo con dulce indiferencia.

Pese a que había logrado hacerme un hueco a mi medida en el universo, a ratos me sentía una extraña en mi piel. Me imaginaba a mí misma desde fuera: camiseta blanca, braguitas rojas, cigarrillo en los labios; pelo revuelto, mirada perdida, sueños estancados.

¿Tendría esa chica algo que ofrecer? ¿Acaso merecía ser observada desde un balcón paralelo? ¿Despertaría algo el reflejo de mi vida en alguien o sería esta solo una más sin nada destacable? ¿Acaso me aportaba algo a mí?

La noche en la que Sébastien Gautier murió, me costaba dormir. Abrí los ventanales y me senté en el balcón. El cielo estaba oscuro, aunque siempre me había gustado el cielo negro de París. Aquella madrugada sentí que se parecía un poquito a mí. Jugueteé con un cigarrillo entre los dientes y se me pegó a los labios. Dos gatos dormitaban bajo la luz de la luna y el mundo seguía girando.

Busqué en Google cuántas personas morían cada día y descubrí lo que ya sabía, que la muerte de Bastien no era más importante que la de las otras ciento cincuenta y cinco mil que también habían dejado de respirar. Tampoco lo era menos. Solo era otra muerte, una sobre la que yo no sabía cómo sentirme.

A través de la ventana, las notas de un piano rompían la quietud. Sonreí al reconocer la letra que cantaba una voz dulce de mujer. Era *Ya no quedan flores*, uno de los éxitos más aclamados de Bastien. El homenaje que una desconocida le hacía a un muerto que jamás sabría lo que su ausencia había supuesto para tantos. El planeta lloraba la pérdida de un hombre que pocos conocían. Yo tampoco lo hacía, pero eso no importaba. Nunca lo había hecho. Lo que de verdad me inquietaba era aquella presión que se había instaurado en mi pecho en el instante en el que había descubierto que Bastien ya no era más que un recuerdo.

Me dormí tarde y con el maullido de los gatos arrullándome.

Cuando horas después me desperté, aún me preguntaba si aquello que sentía ante la noticia de su muerte sería rechazo, la amargura que siempre despierta la indiferencia o, sencillamente, dolor. Un dolor sin título, sin sentido, sin explicación. Un dolor del que ya jamás podría culparlo, porque él se había ido para siempre.

Aquel día la música francesa perdió a un hombre importante. Las redes sociales lloraron su muerte. Los noticiarios se llenaron con las imágenes de los homenajes de despedida. Muchos creyeron que se les había arrebatado algo. Otros que lo admiraban versionaron sus éxitos en las calles. Esa madrugada también se escribieron canciones; la humanidad siempre encuentra inspiración en el desconsuelo.

Fuera como fuese, muchos sintieron el peso del vacío que Bastien había dejado en sus vidas, igual que un padre velado por infinidad de hijos.

Aunque, en verdad, la única que se había quedado huérfana era yo.

## 2

—¿Juliette Simon?

Salía del metro cuando respondí la llamada de un número desconocido. Pese a ser lunes, el día era bonito y prometía un sol espléndido. También, otras cosas más amargas.

—Mi nombre es Édouard Martin. Le llamo del equipo de abogados FDS París en nombre del difunto Sébastien Gautier.

Me paré en mitad de la calle y un chico me empujó. La ciudad aún estaba despertando a mi alrededor. Tenía una armonía propia. El zumbido de los coches. El siseo de las bicicletas. Las risas de los adolescentes bajando del autobús. París cantaba y yo... yo no oía nada. Nada que no fuera ese nombre que parecía perseguirme desde el viernes.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría citarla para la lectura del testamento. Como hija de mi cliente, es la única heredera.

Apreté el teléfono con fuerza. Frente a mí, el semáforo se abrió para los peatones, pero era incapaz de dar un paso. Me sentía un cubito de hielo en medio de la calzada; duro y compacto como solo pueden serlo los que no sienten nada. El problema era que yo sentía, aunque aún no había sabido discernir qué exactamente.

—Lo siento, pero ese hombre no es mi padre. No más allá de lo que diga un papel.

Édouard Martin carraspeó incómodo.

—Lo entiendo, aunque la ley nos...

Cerré los ojos y le colgué el teléfono.

Bastien había muerto y la música seguía sonando.

Mi padre había muerto y mi mundo seguía girando.

Entré en la tienda con una sensación extraña. Me dirigí al almacén, donde los empleados teníamos un cuarto con taquillas para dejar nuestras pertenencias y cambiarnos.

—¿Te has enterado de lo de Bastien? ¡Pobre hombre! A mi madre le encantaba —me dijo Marie como saludo al verme entrar.

Le sonreí y me puse el uniforme mientras ella me hablaba de aquella vez que creyó cruzarse con él en un centro comercial.

—Me hizo un guiño. En la tele parece más bajito, ¿sabes?

Abrí los ojos de forma exagerada y ella pareció satisfecha por haberme sorprendido.

Pantalón negro. Camiseta blanca. Deportivas doradas. Expresión jovial. Me miré al espejo antes de salir para empezar la jornada y suspiré.

Llevaba tres años trabajando en una de las tiendas de Anaïs B., una firma de ropa casual cuyos locales se habían multiplicado en la última década por toda Francia. Era un trabajo sencillo, el sueldo no estaba mal y descansaba un fin de semana completo al mes. No tenía estudios superiores ni experiencia laboral, y París no es precisamente una ciudad barata, así que debía sentirme afortunada.

No obstante, fingirlo me costaba cada día un poco más.

Reponer existencias. Doblar ropa. Atender a los clientes. Cobrar en las cajas. Tareas que había aprendido con rapidez

y para las que servía, aunque tampoco me esforzaba por sacar de ellas alguna motivación extra. No todos los trabajos tienen que implicar una realización personal más allá de recibir por ellos un dinero, pero hacía un tiempo que me sentía una extraña en ese papel. Como si me hubiera tocado representar un personaje en una obra con el que no me sentía cómoda.

Aquella mañana, además, no dejaba de pensar en las palabras del abogado; en las que me había dicho y en las que no le había dejado pronunciar. Me sobrevolaban. Cada vez que sonreía a alguien y lo atendía amablemente, su rostro se iba transformando en el de Bastien. A la hora de comer, yo ya veía sus ojos azules en todos los clientes. Por ese motivo, cuando terminó mi jornada, estaba mentalmente exhausta.

—¿Vas a casa?

Asentí y Marie esperó a que me pusiera los zapatos. Cuando compartíamos turno cogíamos la misma línea de metro, aunque bajábamos en paradas distintas. Durante el trayecto le pregunté por sus estudios, por su perro, por el estado de salud de su abuelo; las típicas cuestiones que llenan una conversación amigable, pese a no ser muy cercana. Y, cuando me tocó a mí, ella lo intentó:

—¿Has conocido últimamente a alguien interesante?

—No.

—¿Crees que van a ofrecerte el puesto de encargada de zona?

—No.

—Mmmm... Me encanta la cafetería que hay en tu calle.

Asentí a una Marie que parecía rezar en silencio para que su parada llegase cuanto antes y observé nuestro reflejo en la ventana de enfrente. Nunca me había importado parecer una persona simple, pero en aquel momento me molestó.

Supongo que a nadie le gusta dejar constancia de lo vacía que está su vida.

—¿Y por qué no lo dejas?

Me reí. Antoine se encendió un cigarrillo y me lo pasó. Di una calada larga mientras me arrepentía de haber compartido mi desencanto con él.

—¿Para hacer qué?

—No lo sé. Algo que te llene, que te aporte algo más que un sueldo que no compensa tus frustraciones. ¿Qué has estudiado? Negué con la cabeza.

—Soy especialista en no hacer nada.

—¿Tienes sueños?

Observé al hombre desnudo que fumaba a mi lado y suspiré. Se dedicaba a la enseñanza y vivía en Batignolles. Era insultantemente guapo, aunque también un burgués bohemio para el que resultaba imposible comprender lo que significaba estar en mi piel. Su vida y la mía eran tan distintas que solo podían haberse encontrado en una cama. Las aplicaciones de citas contribuyen más a la ruptura de clases sociales que los políticos.

—Todo el mundo tiene sueños, Juliette. ¿No consiste en eso vivir? En anhelar lo que no tienes —me dijo como el romántico que era.

—No, no es así exactamente. —Se revolvió bajo las sábanas y apagó el cigarrillo. Su desnudez no me incomodaba, sino que le daba a la conversación un aire artístico propio de una película de Bertolucci—. Pero explícate. El profesor eres tú, no yo.

—Lo bonito de un sueño no es la satisfacción de lograrlo, sino disfrutar de él cuando lo alcanzas.

Asentí, aunque no estaba del todo de acuerdo.

—Si es así, ¿por qué cuando lo conseguimos descubrimos

otra cosa que anhelamos aún con más fuerza? Es un bucle sin fin.

—La avaricia es humana, Juliette, pero es bueno soñar. Sin sueños, ¿qué nos queda?

«Vivir de verdad», pensé, pero no se lo dije, porque no estaba segura de que me entendiera. La mayor parte del tiempo me sentía un galimatías sin sentido para cualquiera que no fuera yo.

—Soñar es como amar: cuando te sucede, no puedes dejar de recrearte en ello. De estirarlo en el tiempo y desear que dure para siempre.

Me deslicé, remolona, por encima de sus piernas y él sonrió. Sus dientes parecían pastillas de menta.

—Como yo lo veo, los sueños se parecen más a los orgasmos que al amor —susurré con la barbilla sobre su pecho.

—Ah, ¿sí?

Asentí y colé una mano entre ambos cuerpos; gimió bajito y la piel se me erizó.

—Buscarlo es estimulante y muy gratificante. Y, cuando lo alcanzas, el brillo que tenía se diluye en un pestañeo.

Antoine se olvidó de mis cavilaciones entre caricias y le demostré con mi cuerpo que mi teoría tenía una gran parte de verdad.

Cuando nos despedimos en la puerta, sentí el vacío aplastante de quien ha comenzado a no sentirse segura en la soledad. Me senté en el balcón y observé a un gato pardo que había clavado sus ojos en mí. Tan bello como distante. Tan fascinante como inalcanzable. Así sentía la vida. ¿Qué vería él al mirarme? Me hice un ovillo y di gracias al universo por que aún no fuéramos capaces de comunicarnos a ese nivel con los animales.